

Una mirada al atlas

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN*

No intento hablar aquí de la evidente pertenencia de España a Europa, sino de ciertos aspectos geográficos que conlleva —tanto para los otros europeos como para nosotros— su reciente incorporación formal a la Comunidad, que en principio es de tipo económico y político, aunque también contiene múltiples derivaciones. Sólo intentaría ahora una estimación de nuestro peso geográfico general en tal conjunto, como una cuestión añadida, por lo que tampoco quisiera referirme a lo más esencial de tal integración, es decir, a la economía. Con este fin poco habitual rogaría al lector que me perdonara si le propongo una sencilla experiencia con un atlas: una simple mirada a un mapa de Europa, no hacen falta cifras, le mostrará llamativamente, en primer lugar, la vasta entidad superficial de la Península hispánica en relación con la del resto del sector occidental del continente europeo.

*Catedrático de Geografía. Universidad Complutense.

Una atención algo más concentrada en su particular configuración añade a esa extensión dos imágenes más precisas: la compacidad de su dibujo —sus contornos rígidos— y, por la abundancia de montañas medias y la amplitud de la meseta, su notable elevación, su apariencia de bloque. Si volvemos a la mirada de conjunto, tal "bloque" se muestra, por su situación en el margen euroccidental del continente, como un espacio compacto, adosado más que integrado al resto de Europa, es decir, vecino, pero en cierto modo aparte —tras los Pirineos—, no sólo de las amplias llanuras, primero de Francia y luego de Alemania, Polonia, sino también de ciertos nudos geográficos esenciales en el armazón físico e histórico de Europa, como, por ejemplo, del sistema, en parte común para diversos pueblos de este sector del continente, definido por sus grandes ríos centrales (Loira, Sena, Rin, Ródano, Danubio, Po ...). Son hechos geográficos que expresan, dando por obvia la pertenencia de España a Europa, cierta entidad espacial autónoma —una determinada marginalidad, un sistema físico propio, un relativo cierre respecto al ámbito continental (francés, alpino, etc.), incluso el tradicional concepto nacido en la antigua consideración de la Península como confín de las civilizaciones mediterráneas— y una apertura al océano, al Mediterráneo y a África, que no por muchas veces repetida en los manuales, deja de ser claramente original.

Es ésta una cuestión de clima, de rocas, de plantas, de cultivos, pero también de historia, de pueblos de viajes, no siempre felices, pero con conocidos logros. Una consecuencia básica de esta peculiaridad es el enriquecimiento del macizo territorio peninsular, apoyado en un extremo de Europa, primero, con dos lógicos —no azarosos— archipiélagos próximos, uno mediterráneo, que prolonga las estructuras geológicas de nuestras montañas continentales, y otro atlántico, cuyas islas siguen los emplazamientos, contornos y relieves de un campo de volcanes oceánico. En segundo lugar, por dos ciudades norteafricanas —de emplazamiento no caprichoso— que aún cierran el sector mediterráneo de Alborán al Este del Estrecho. Tercero, por el peso cierto —aunque sea tópico— de una historia cultural mixta, con conquistas, reconquistas, repoblaciones, reorganizaciones. Y cuarto, por la extensión material y simbólica — que hoy nos parece natural, por sobradamente conocida— que otorgaron también a esa historia decisiones y acciones concretas de navegantes, exploradores, conquistadores, administradores, frailes y cronistas de Indias, con incorporación de paisajes, riquezas, gentes, con difusión de reglas, ideas, vicios —¿por qué no virtudes?—, lengua. De ello principalmente queda sólo la geografía de la lengua, pero ésta abre, tras el pesado contorno de la Península, un inmenso abanico cultural hasta el Pacífico.

Además de estos rasgos singulares de situación y de herencias geográficas, la configuración interna de la Península, rodeada por cordilleras en su arco NorteEste-Sur, cruzada por la diagonal de la Cadena Ibérica (*divortium aquarum*, vacío de poblamiento, divisoria de historias), compartimentada por extensos valles, cerrados entre sí y abiertos en direcciones opuestas —atlánticos y mediterráneos—, es un mundo reducido, una estructura propia con sus partes, pero éstas también adosadas, no continuas en un solo llano o integradas por una red de ríos comunes. La geometría del territorio se repite así a diversas escalas, incrementando la fuerza material de lo regional, de la individualización de los "sistemas", de las cuencas, las franjas, las depresiones, las mesetas, las montañas.

Esta fuerte realidad geográfica trasciende a la cultura. Por ello escribía Unamuno, con buen sentido geográfico —en una entrada hacia el centro a contrapelo de las sierras, no por los boquetes de los grandes valles—, que "por cualquier costa que se penetre en la península española, empieza el terreno a mostrarse al poco trecho accidentado; se entra luego en el intrincamiento de valles, gargantas, hoces y

encañadas, y se llega, por fin, subiendo más o menos, a la meseta central, cruzada por peladas sierras que forman las grandes cuencas de sus grandes ríos... los grandes aguaceros y nevadas descargando en sus sierras y precipitándose desde ellas por los empinado ríos, han ido desollando, siglo tras siglo, el terreno de la meseta, y las sequías que les siguen han impedido que una vegetación fresca y potente retenga a su maraña la tierra mollar del acarreo... De cuando en cuando, a la orilla de algún pobre regato medio seco o de un río claro, unos pocos álamos, que en la soledad infinita adquieren vida intensa y profunda... ¡qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo!". (Sin embargo, a esta encajada descripción, centrada en Castilla, habría que añadir, en justicia, dos líneas complementarias de Machado, sobre sus tierras: "Allí hay barrancos hondos / de pinos verdes donde el viento canta"). Los paisajes arrastran los valores otorgados por la cultura —la "Castilla esencial", escribía Delibes, es la "Castilla literaria"—.

La visión según los paralelos de esa entrada al interior peninsular puede ser, en cambio, más sencilla, si toma como guía los grandes ejes fluviales, territorios de trabada organización, aunque el centro permanezca aún acastillado. Las claves espaciales, en realidad, son pocas (por ejemplo, la suma del espacio de meseta y los grandes valles del Ebro y del Guadalquivir arma el fundamento peninsular, con el 70% del territorio español) por lo que esta articulación fluvial en grandes corredores, más o menos Este-Oeste y Oeste-Este, constituye el entramado básico de la Península. Han sido esos pasillos la lógica entrada de las influencias externas antiguas —desde la conversión de su solar natural en "provincia frumentaria"—, por las puertas abiertas de las costas, los puertos, las calzadas. Esta trama geográfica permanente —camino de invasiones y colonizaciones históricas— continúa guiando el territorio en directa combinación con la disposición angular de las alineaciones montañosas, que definen las cuencas según netas divisorias visibles en el relieve, de difícil enlace transversal. El dibujo bandeado de esta articulación geográfica propia condiciona la reconquista y la repoblación, la mesta, etc., hasta la red viaria, la red urbana o los trasvases.

Se pueden resumir, pues, estos caracteres geográficos intrínsecos de la Península del siguiente modo: personalidad diferenciada, alejamiento relativo, unidad cerrada por montañas, que le confieren individualidad y aislamiento. Función, por un lado, de puente con África, de relación intercontinental, y, por otro, de encrucijada entre mares (integración del Mediterráneo, con mayor influencia física y humana, y puerto abierto al Atlántico). Rasgos propios de masividad, amplitud, contorno cerrado, altas tierras interiores y estrechas tierras bajas periféricas, enérgica articulación fluvial, marcados contrastes interiores con diversificación natural e histórica y, muy especialmente, visible huella cultural en el paisaje con herencias antiguas: un territorio que no es sólo naturaleza original y rica ni solar ni soporte para la producción ni siquiera política o técnica, sino significados adquiridos, legado histórico, civilización, sabiduría.

Refiriéndose a la economía castellana en el siglo XVI decía Larraz que tenía un peculiar significado de "potencia de extensión, de masa" y especificaba cuáles eran los "factores-masa" que proporcionaban tal carácter. Hoy el territorio español tiene también ese tipo de rasgo y de factores respecto al occidente europeo —al cual inevitablemente completa—, aunque sus contenidos sean otros. Pero esta potencia lleva consigo algo más que masa: por ejemplo, el añadido de una configuración compacta y compartimentada de un sistema geográfico propio, externa al nudo alpino y a las bajas llanuras septentrionales, una estructura ensamblada en una clave compuesta de peculiar regionalidad —fundamento geográfico, según Terán, de tendencias unitarias y disgregatorias—; también una mirada abierta al mar y al Sur, además de una multitud emparentada de tierras y gentes al

otro lado del océano. Y, sobre todo, como valor esencial, un legado de paisajes, de conciencia, ideas y sentimientos de paisajes: "este paisaje —decía Azorín— limpio y diáfano es reflejado de un modo profundo en los maravillosamente diáfanos y limpios romances que han creado, hace siglos, el pueblo y los poetas". Una sola mirada al mapa podría así darnos cuenta y razón de lo que debería ser, más allá de la relación económica, este hondo peso geográfico del factor-paisaje, como responsabilidad pública, en una cada vez más próxima gestión trabada de la cultura europea. Hagamos todo lo posible por rescatarlo, por objetivarlo.

Refiriéndose a Europa escribía Terán que "no se trata sólo de densidad de población, de masa y cantidad, sino de calidad y espíritu, de genio y capacidad creadora. Constelaciones de aldeas y ciudades enlazadas por una fina y densa trama de caminos, nobles ruinas de la antigüedad grecorromana, catedrales, universidades, museos y fábricas, la extensión de los campos cultivados y la calidad de métodos de cultivo han transformado profundamente el paisaje natural de Europa. El europeo, en siglos de historia acumuladores de trabajo y tradición, se ha construido su propio medio geográfico, y esta capacidad de transformación del paisaje natural, de metamorfosear la naturaleza en cultura, ha sido por él llevada fuera de su hogar originario, constituyendo el principio de la transformación operada o en vías de operarse en otros continentes". En tal conjunto, la entrada oficial de los paisajes españoles —la real siempre ha existido— completa con características geográficas originales y con calidades similares ese escenario europeo asociado, lo hace íntegro. Pero también plantea problemas propios, a los que sólo un sabio tratamiento podrá dar adecuadas soluciones.